

Amin Maalouf

Las Cruzadas vistas por los árabes



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Les croisades vues par les Arabes*
Traducción de María Teresa Gallego y María Isabel
Reverte

Primera edición: 1989
Séptima edición, con traducción revisada: 2012
Sexta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jean Claude Lattès, 1983
© de la traducción: María Teresa Gallego y María Isabel Reverte
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-0900-3
Depósito legal: M. 23.787-2012
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción
- 13 Prólogo
- Primera parte La invasión (1096-1100)
 - 23 Capítulo 1 Llegan los frany
 - 46 Capítulo 2 Un maldito fabricante de corazas
 - 72 Capítulo 3 Los caníbales de Maarat
- Segunda parte La ocupación (1100-1128)
 - 103 Capítulo 4 Los dos mil días de Trípoli
 - 137 Capítulo 5 Un resistente con turbante
- Tercera parte La reacción (1128-1146)
 - 173 Capítulo 6 Los complots de Damasco
 - 193 Capítulo 7 Un emir entre los bárbaros
- Cuarta parte La victoria(1146-1187)
 - 221 Capítulo 8 El santo rey Nur al-Din
 - 244 Capítulo 9 La embestida hacia el Nilo
 - 269 Capítulo 10 Las lágrimas de Saladino
- Quinta parte La tregua (1187-1244)
 - 307 Capítulo 11 El imposible encuentro
 - 329 Capítulo 12 El justo y el perfecto

	Sexta parte La expulsión (1244-1291)
353	Capítulo 13 El azote mongol
371	Capítulo 14 Quiera Dios que nunca vuelvan a pisar este suelo
390	Epílogo
399	Notas y fuentes
413	Cronología
423	Índice de nombres

A Andrée

Introducción

Este libro parte de una idea sencilla: contar la historia de las Cruzadas tal y como las vieron, vivieron y relataron en «el otro campo», es decir, en el lado árabe. Su contenido se basa, casi exclusivamente, en los testimonios de los historiadores y cronistas árabes de la época.

Estos últimos no hablan de cruzadas, sino de guerras o de invasiones francas. La palabra que designa a los francos se transcribe de forma diferente según las regiones, los autores y los períodos: *farany*, *faranyat*, *ifraný*, *infranyat*... Para unificar, hemos elegido la forma más concisa, la que sigue utilizándose, de forma preferente, en la actualidad en el habla popular para nombrar a los occidentales y, más concretamente, a los franceses: *frany*.

El deseo de no recargar el relato con las numerosas notas que se imponen –bibliográficas, históricas o de otro tipo– nos ha llevado a dejarlas para el final, donde aparecen agrupadas por capítulos. Su lectura resultará útil a

quienes quieran saber más, pero no son en modo alguno indispensables para la comprensión del relato, que pretende resultar accesible para todo el mundo. Pues, más que un nuevo libro de historia, hemos pretendido escribir, partiendo de un punto de vista preterido hasta ahora, «la auténtica novela» de las Cruzadas, de esos dos agitados siglos que dieron forma a Occidente y al mundo árabe, y que hoy en día siguen condicionando sus relaciones.

Prólogo

Bagdad, agosto de 1099

Sin turbante, con la cabeza afeitada en señal de luto, el venerable cadí Abu Saad al-Harawi entra gritando en el espacioso diván del califa al-Mustazhir-billah. Lo acompaña una muchedumbre de acólitos, jóvenes y viejos. Éstos aprueban ruidosamente cada una de sus palabras y ofrecen, igual que él, el provocador espectáculo de una abundante barba y una cabeza afeitada. Algunos dignatarios de la corte intentan calmarlo, pero, apartándolos con gesto desdeñoso, avanza resueltamente hacia el centro de la sala y, a continuación, con la vehemente elocuencia de un predicador desde lo alto del púlpito, sermonea a todos los presentes, sin hacer distinción de rango:

—¿Osáis dormir a la sombra de una placentera seguridad, en medio de una vida frívola como la flor del jardín, mientras que vuestros hermanos de Siria no tienen

más morada que las sillas de los camellos o las entrañas de los buitres? ¡Cuánta sangre vertida! ¡Cuántas hermosas doncellas, por vergüenza, han tenido que ocultar su dulce rostro entre las manos! ¿Acaso los valerosos árabes se resignan a la ofensa y los ardidados persas aceptan el deshonor?

«Era un discurso que humedecía los ojos y conmovía los corazones», dirán los cronistas árabes. Toda la concurrencia se estremece entre gemidos y lamentaciones. Pero al-Harawi no desea sus sollozos.

—La peor arma del hombre —grita— es verter lágrimas cuando las espadas están atizando el fuego de la guerra.

Si ha hecho el viaje desde Damasco hasta Bagdad, tres largas semanas de verano bajo el implacable sol del desierto sirio, no ha sido para mendigar lástima sino para avisar a las más altas autoridades del Islam de la calamidad que acaba de abatirse sobre los creyentes y para decirles que intervengan sin dilación para detener la matanza. «Nunca se han visto los musulmanes humillados de esta manera —repite al-Harawi—, nunca, antes de ahora, han visto sus territorios tan salvajemente asolados.» Los hombres que lo acompañan han huido de las ciudades saqueadas por el invasor; algunos de ellos se cuentan entre los escasos supervivientes de Jerusalén. Los ha traído consigo para que puedan referir, con su propia voz, el drama que han vivido un mes antes.

En efecto, el viernes 22 de shaban del año 492 de la hégira, el 15 de julio de 1099, los frany se han apoderado de la Ciudad Santa tras un asedio de cuarenta días. Los exiliados aún tiemblan cada vez que lo refieren, y la mirada se les queda fija, como si todavía tuvieran ante la

vista a esos guerreros rubios cubiertos de armaduras que se dispersan por las calles, con las espadas desenvainadas, degollando a hombres, mujeres y niños, saqueando las casas y las mezquitas.

Cuando, dos días después, cesó la matanza, ya no quedaba ni un solo musulmán dentro de las murallas. Algunos aprovecharon la confusión para escabullirse a través de las puertas, que los asaltantes habían echado abajo. Los demás yacían a miles en medio de charcos de sangre en el umbral de sus casas o en las proximidades de las mezquitas. Había entre ellos gran número de imanes, de ulemas y de ascetas sufíes que habían abandonado sus países para ir a vivir un piadoso retiro en esos lugares santos. A los últimos supervivientes los obligaron a cumplir con la peor de las tareas: llevar a cuestras los cadáveres de los suyos, amontonarlos sin sepultar en terrenos baldíos y quemarlos a continuación antes de que los mataran a ellos también o los vendieran como esclavos.

La suerte que corrieron los judíos de Jerusalén fue igualmente atroz. En las primeras horas de la batalla, muchos de ellos participaron en la defensa de su barrio, la judería, situado al norte de la ciudad. Pero cuando se desplomó el lienzo de muralla que dominaba sus casas y los caballeros rubios empezaron a invadir las calles, los judíos enloquecieron. La comunidad entera, repitiendo un gesto ancestral, se reunió en la principal sinagoga para orar. Los frany bloquearon las salidas y, a continuación, apilando haces de leña todo alrededor, le prendieron fuego. A los que intentaban salir los mataban en las callejas próximas. Los demás se quemaban vivos.

Unos días después del drama, llegaron a Damasco los primeros refugiados de Palestina, llevando con infinitas precauciones el Corán de Otmán, uno de los ejemplares más antiguos del libro sagrado. A continuación, fueron acercándose a su vez a la metrópoli siria los supervivientes de Jerusalén. Al divisar a lo lejos la silueta de los tres minaretes de la mezquita omeya, que se recortan por encima de las murallas cuadradas, desplegaron las alfombras de oración y se prosternaron para dar gracias al Topoderoso por haberles alargado así la vida, cuyo fin creían llegado. En su calidad de gran cadí de Damasco, Abu Saad al-Harawi recibió bondadosamente a los refugiados. Este magistrado de origen afgano, la personalidad más respetada de la ciudad, prodigó consejos y reconfortó a los palestinos. Según él, un musulmán no tiene que avergonzarse por haber tenido que huir de su tierra. ¿No fue el primer refugiado del Islam el mismísimo profeta Mahoma, que tuvo que abandonar su ciudad natal, La Meca, cuya población le era hostil, para buscar refugio en Medina, donde la nueva religión tenía mejor acogida? ¿Y no fue acaso desde su ciudad de exilio desde donde lanzó la guerra santa, la *yihad*, para liberar a su patria de la idolatría? Los refugiados, por tanto, deben ser muy conscientes de que son los combatientes de la guerra santa, los *muyahidin* por excelencia, tan venerados en el Islam que la emigración del Profeta, la hégira, se eligió como punto de partida de la era musulmana.

Para muchos creyentes, el exilio es incluso un deber imperativo en caso de ocupación. El gran viajero Ibn Yubayr, un árabe de España que visitará Palestina casi

un siglo después del comienzo de la invasión franca, se escandalizará al ver que algunos musulmanes, «subyugados por el amor al suelo natal», se resignan a vivir en territorio ocupado:

No hay –dirá–, para un musulmán, excusa alguna ante Dios para vivir en una ciudad incrédula, salvo que sólo esté de paso. En tierras del Islam, se halla al abrigo de las tribulaciones y los males a los que se ve sometido en los países de los cristianos, como oír, por ejemplo, palabras repugnantes acerca del Profeta, especialmente de boca de los más necios, hallarse en la imposibilidad de purificarse y vivir entre los cerdos y tantas cosas ilícitas. ¡Guardaos, guardaos de penetrar en sus territorios! Hay que pedir a Dios perdón y misericordia por semejante falta. Uno de los horrores que llaman la atención a cualquiera que viva en el país de los cristianos es ver cómo van tropezando con los grilletes los prisioneros musulmanes, a quienes dedican a los trabajos duros y tratan como esclavos, así como contemplar a las cautivas musulmanas con argollas de hierro en los pies. Se parten los corazones al verlos, pero la conmiseración no les sirve de nada.

Aunque exageradas desde el punto de vista de la doctrina, las palabras de Ibn Yubayr son fiel reflejo de la actitud de aquellos miles de refugiados de Palestina y del norte de Siria concentrados en Damasco en aquel mes de julio de 1099. Pues, aunque es evidente que han abandonado sus casas con el corazón destrozado, están decididos a no volver a sus países antes de la marcha definitiva del ocupante y resueltos a despertar la conciencia de sus hermanos en todas las regiones del Islam.

De no ser así, ¿por qué habrían venido a Bagdad conducidos por al-Harawi? ¿No es acaso hacia el califa, el sucesor del Profeta, hacia quien deben volverse los musulmanes en los momentos difíciles? ¿No es acaso hacia el príncipe de los creyentes hacia quien deben elevarse sus lamentos y quejas?

En Bagdad, la decepción de los refugiados va a ser proporcional a sus esperanzas. El califa al-Mustazhir-billah empieza por expresarles su profunda simpatía y su extrema compasión antes de encargar a seis altos dignatarios de la corte que efectúen una investigación sobre esos enojosos acontecimientos. ¿Es necesario mencionar que nunca más se volverá a oír hablar de esa comisión de sabios?

El saqueo de Jerusalén, punto de partida de una hostilidad milenaria entre el Islam y Occidente, no provocó, en el primer momento, sobresalto alguno. Hubo que esperar casi medio siglo a que el Oriente árabe se movilizase frente al invasor y a que la llamada a la yihad lanzada por el cadí de Damasco en el diván del califa se conmemorase como el primer acto solemne de resistencia.

Al comienzo de la invasión, pocos árabes valoran de entrada, como lo hace al-Harawi, la magnitud de la amenaza procedente del oeste. Algunos se adaptan incluso con excesiva rapidez a la nueva situación. La mayoría se limitan a intentar sobrevivir, llenos de amargura pero resignados. Algunos se convierten en observadores más o menos lúcidos e intentan comprender esos acontecimientos tan imprevistos como novedosos. El más interesante de ellos es el cronista de Damasco, Ibn al-Qalanisi, un joven culto procedente de una familia de notables. Tem-

prano espectador, tiene veintitrés años en 1096 cuando los frany llegan a Oriente y se dedica a consignar regularmente por escrito los acontecimientos de los que va enterándose. Su crónica cuenta fielmente, sin excesiva pasión, la marcha de los invasores, tal y como se la percibe desde su ciudad.

Para él, todo empezó en esos días de angustia en que llegan a Damasco los primeros rumores...

Primera parte

La invasión (1096-1100)

¡Mirad a los frany! Ved con qué encarnizamiento se baten por su religión, mientras que nosotros, los musulmanes, no mostramos ningún ardor por hacer la guerra santa.

Saladino

Capítulo 1

Llegan los frany

Aquel año empezaron a llegar, una tras otra, informaciones sobre la aparición de tropas de frany procedentes del mar de Mármara en una multitud innumerable. La gente se asustó. El rey Kiliy Arslan, cuyo territorio era el que más cerca estaba de esos frany, confirmó tales informaciones.

«El rey Kiliy Arslan» de quien habla aquí Ibn al-Qalanisi no ha cumplido aún los diecisiete años cuando llegan los invasores. Este joven sultán turco de ojos ligeramente rasgados es el primer dirigente musulmán en tener noticia de su llegada, y será a un tiempo el primero que les inflija una derrota y el primero que se deje derrotar por sus temibles caballeros.

Ya en julio de 1096, Kiliy Arslan se entera de que una inmensa multitud de frany está en camino hacia Constantinopla. De entrada, se teme lo peor; naturalmente no tiene idea alguna de los fines reales que persiguen esas

gentes, pero, en su opinión, su llegada a Oriente no presagia nada bueno.

El sultanato que gobierna se extiende sobre una gran parte de Asia Menor, un territorio recién arrebatado por los turcos a los griegos. De hecho, el padre de Kiliy Arslan, Suleimán, fue el primer turco que se apoderó de esa tierra que, muchos siglos después, iba a llamarse Turquía. En Nicea, la capital de ese estado musulmán reciente, las iglesias bizantinas siguen abundando más que las mezquitas. Si bien la guarnición de la ciudad la forman jinetes turcos, la mayoría de la población es griega, y Kiliy Arslan no se hace prácticamente ninguna ilusión acerca de los auténticos sentimientos de sus súbditos: para ellos, nunca dejará de ser el jefe de una tropa bárbara. El único soberano al que reconocen, aquel cuyo nombre repiten en voz baja en todas sus oraciones, es el *basileus* Alejo Comneno, emperador de los romanos. En realidad, Alejo es más bien emperador de los griegos, quienes se proclaman herederos del Imperio romano, rango este, por otra parte, que le reconocen los árabes, que –tanto en el siglo XI como en el XX– designan a los griegos con el término de *rum*, «romanos». El dominio conquistado por el padre de Kiliy Arslan a expensas del Imperio griego recibe, incluso, el nombre de «el sultanato de los rum».

En aquellos tiempos, Alejo es una de las figuras más prestigiosas de Oriente. Este quincuagenario de menguada talla, ojos chispeantes de malicia, barba cuidada, modales elegantes, siempre cubierto de oro y ricos paños azules, tiene verdaderamente fascinado a Kiliy Arslan. Reina en Constantinopla, la fabulosa Bizancio, situada a

menos de tres días de marcha de Nicea. Una proximidad que le causa al joven monarca sentimientos contradictorios. Como todos los guerreros nómadas, sueña con conquistas y pillajes. No le desagrada sentir las legendarias riquezas de Bizancio al alcance de la mano. Pero, al mismo tiempo, se siente amenazado: sabe que Alejo no ha perdido nunca la esperanza de recuperar Nicea, no sólo porque la ciudad ha sido siempre griega, sino sobre todo porque la presencia de guerreros turcos a tan poca distancia de Constantinopla constituye un peligro permanente para la seguridad del Imperio.

Aun cuando el ejército bizantino, dividido desde hace años por crisis internas, fuera capaz de lanzarse solo a una guerra de reconquista, nadie ignora que Alejo siempre puede pedir ayuda a extranjeros. Los bizantinos no vacilaron nunca en recurrir a los servicios de caballeros procedentes de Occidente. Abundan los frany que visitan Oriente: mercenarios de pesadas armaduras o peregrinos rumbo a Palestina. Y, en 1096, no les resultan en modo alguno desconocidos a los musulmanes. Unos veinte años antes –Kiliy Arslan aún no había nacido, pero los ancianos emires de su ejército se lo han contado–, uno de esos aventureros de rubios cabellos, un tal Roussel de Bailleul, que había conseguido fundar un estado autónomo en Asia Menor, llegó incluso a marchar hacia Constantinopla. Aterrados, los bizantinos no tuvieron más remedio que llamar en su auxilio al padre de Kiliy Arslan, que no dio crédito a sus oídos cuando un enviado especial del basileus le suplicó que acudiera en su auxilio. Los jinetes turcos se encaminaron entonces a Constantinopla y lograron derrotar a Roussel, por lo que